

La hispanidad itinerante de Pedro Henríquez Ureña

CONFERENCIA

Por Ciriaco Landolfi

Brasilia, 27 de marzo de 1984







***Texto de la conferencia dictada por el Dr. Ciriaco Landolfi,
Embajador de la República Dominicana en el Brasil, en el
Instituto de la Cultura Hispánica de Brasilia, la noche del
27 de marzo de 1984.***





Para mí es un honor excepcional ocupar esta tribuna del Instituto de la Cultura Hispánica de Brasilia hoy remozada, para intentar aproximación al legado de Pedro Henríquez Ureña, un ilustre dominicano que en su trajinar incansable de maestro, pensador y escritor dijo y dejó escritas cosas estupendas de nuestro patrimonio común y del ajeno por los caminos de América, con el corazón en las manos y el pensamiento como radar insomne que sin descanso, durante muchos años, rastreó el horizonte conocido y el histórico tras los secretos de nuestra cultura para adentrarse entusiasmado, ujier desinteresado y competente, en el vaticinio amoroso de la fraternidad que nos impuso ayer la historia y atesoramos hoy los pueblos creados en la diversidad hemisférica por el genio y la audacia de unos castellanos temerarios al umbral de la españolidad.

Tarea grata aunque no fácil la que me ha impuesto este Instituto: conjugar en los trazos de una conferencia el perfil caudaloso de una obra imponente y los de su autor en el relampaguear de unos minutos. Porque ciertamente Pedro Henríquez Ureña, el dominicano que intentó redescubrir a Hispanoamérica en el siglo XX por las vetas de su autenticidad y que en junio de este año con suerte de longevidad hubiera cumplido cien años de vida fecunda, es rico en extensión y diáfana profundidad. Virtuoso de la sabiduría en todas sus áreas humanísticas don Pedro fue el hispanoamericano que más tersamente pensó y escribió de los grandes temas de nuestra cultura sin que frontera alguna se interpusiera a su labor interrumpida por la muerte súbita que lo abordó en su ruta de sembrador en Buenos Aires, en 1946.

Advierto a mi auditorio que no cometeré la irreverencia de pretender diseccionar en unas frases su legado estupendo, ni es mi intención inventariar sus aportaciones incalculables al tesoro común de nuestros pueblos. No. Vengo apenas a hablar de un hombre extraordinario todavía en gran medida indiscutido que a la distancia, sin el placer ni el honor de haberlo conocido personalmente me llevó a razonar con él — ya túmulo y memoria — de asuntos de la patria para salir a sus expensas cabizbajo y adolorido, victorioso. No es para este momento la explicación punzante, pero debo enfatizar que aun así no he dejado de enriquecerme con sus maravillosas lecciones desde entonces a hoy, y que en cierto modo estas palabras que vengo hilvanando con unción son testimonio de homenaje de mi agradecimiento imperecedero.

Tengo para mí que la mejor contribución que puedo ofrecer entre ustedes esta noche es una aproximación a las motivaciones motrices del Maestro aun indescifradas por quienes vivieron cerca de él, fueros sus compeñeros o discípulos, alcanzaron y disfrutaron el saber de su plática o recibieron el calor y la sustancia de su amistad en las mudanzas de su apostolado hemisférico. Justamente me propongo — en los bordes de la paradoja — una aproximación tímida y audaz de don Pedro por el rastro difuminado del discurrir de sus intenciones políticas más allá de las concomitancias pecaminosas de su tiempo, particularmente en la patria dominicana, sin mácula de práctica en el afán de las principalías ni designio de personaje en el escenario público. Porque para mí este insigne dominicano fue un político de excepción que con ministerio de luz sobre ambas Américas encarnó el paradigma viviente de un ideal supranacional de grandeza continental que ahondando y defendiendo la particularidad episódica de nuestros pueblos, se impuso la tarea titánica de concitar todas las energías americanas para la superación de la “Magna patria” con ímpetu profético y ejemplar desinterés individual.

Pienso en ese mirador que debo intentar una explicación de ese propósito o designio a partir de los materiales dominicanos que dieron barro a la orfebrería de don Pedro e inmantaron su brújula de viajero. Tímidos apuntes para una audaz interpretación por las causas originarias que en toda vida grande anudan a la proceridad por su raíz; aproximación o vecindad al apostolado de una de las figuras más notables que ha dado el Continente, que necesita ya ser conocida a la luz del intransferible equipaje vivencial de los años formativos, la primera juventud y las añoranzas otoñales.



Cuna y familia

Pedro Henríquez Ureña tuvo el privilegio de nacer de una pareja excepcional y en casa de proceridad civilista. Sus padres fueron en la época abanderados de la soñolienta sociedad nacional que aun desperezaba de sus larvas coloniales: Francisco Henríquez y Carvajal y Salomé Ureña arguyeron en su tiempo las mejores virtudes de un pueblo tradicionalmente pobre pero rico desde la leyenda en dones que iban y aun van desde una rolliza genealogía histórica hasta la concepción precoz de una soberanía que empezamos a buscar los dominicanos desde el alba de la colonización española.

Salomé, amén de madre y de maestra dentro y fuera del hogar, fue poetisa de registros maravillosos que le valieron trono en las letras del país y lugar prominente en el período finisecular de la literatura hispanoamericana de la centuria pasada, y a más de eso, ya fatigante para una frágil salud como la suya, fue adelantada en el camino a la sazón incierto del perfeccionamiento intelectual de la mujer dominicana. Muerta a deshora para los cálculos del afecto y de los frutos de su intelecto, dejó a Pedro cruzando el umbral de la adolescencia en 1897 con sólo 47 años de edad y un protagonismo tan profundo entre sus compatriotas que alguien propuso — como lo recordó años más tarde Eugenio María de Hostos, el ilustre educador puertorriqueño — “hacer una patria a imagen y semejanza de los nobles sentimientos y de las altas ideas de la poetisa-patriota.”

Francisco, el padre de don Pedro, fue abogado, médico, político y diplomático que señoreó el pedestal más alto de la inteligencia coetánea de la patria aldeana que le tocó vivir. No es del



caso contar las peripecias de su vida pública; que sí lo es, en cambio, señalar un hito de su carrera política que presumiblemente debió afectar vivamente la sensibilidad de su hijo Pedro: ausente de la patria fue elegido por las Cámaras Legislativas dominicanas Presidente de la República en el contexto ominoso de la primera intervención militar norteamericana en el país, en 1916. El intento de llevar al notable ciudadano a la primera magistratura de la pequeña nación insular ocupada por una fuerza expedicionaria fue frustráneo, porque si su elección estuvo dirigida a impedir el eclipse total de la soberanía titular que aun retenía, éste se consumió inexorablemente.

De esa pareja de padres ilustres nacieron también Max y Camila Henríquez Ureña; el primero, paladín de las letras nacionales como novelador de la historia doméstica comparable a don Benito Pérez Galdós con su teoría de obras que recogen episodios nacionales, fue también periodista, conferencista y diplomático — fue aquí en Brasil Embajador Extraordinario y Plenipotenciario al inicio de los años cuarenta —; y la segunda, fue educadora de larga y definitiva estancia en Cuba adonde también residieron el padre, don Francisco, y sus hermanos Pedro y Max al amparo de la fraternidad cubana.

Fue gajo de esa forja familiar el señorero dominicano que esclareció la herencia cultural recibida sacando a flote lingotes escondidos de la originalidad americana con su gimnasia intelectual impertérrita de aprender para enseñar buscando en la profundidad de las raíces patrimoniales de las culturas metropolitanas y de las propias las hebras auténticas del cañamazo que aquí y allá reúne la fisonomía continental, con amor de hijo abnegado adondequiera hizo su tienda de peregrino hispanoamericano.



De la ciudad murada a los caminos

Si el entorno familiar fue decisivo en la formación inicial de don Pedro con padres empeñados en labrar una conciencia ciudadana en la modesta sociedad dominicana de la época, también lo fue el habitat tradicional urbano de blasones y ruinas, pobreza y dignidad de linaje que tenía entonces Santo Domingo, ufana de haber sido la primera ciudad fundada por España en América y en esos días soporte y eje de realización histórica de la formidable unidad del género humano en un solo destino planetario a las puertas de los Tiempos Modernos. Aldeana y llena de recuerdos, la que había sido capital hemisférica de la Civilización Occidental sobre estas tierras, disfrutaba en 1884, año en que nació don Pedro, de la primera experiencia política de contenido civilista alcanzada en 1880 después de haber sufrido el país desde su independencia política en 1844 caudillismos deslustrados, guerras civiles, pérdida transitoria de la soberanía; en suma: andadura republicana zigzagueante, retorno a la Metrópoli y nueva independencia. Don Pedro recibió las primeras luces en el contexto de ese ensayo impuesto por la espada del general Gregorio Luperón desde el 80 hasta el 87, año del ascenso de un pérfido carisma de embrionario contenido cesáreo. Caída la República de nuevo en el rumbo despótico arrastró en su caída el progreso social y político, la enseñanza racional hostosiana y el aspotolado de su madre, Salomé, amorosa columna de ese novísimo tinglado erigido por la bisoña sociedad dominicana en fechas luminosas. Es decir, el pequeño Pedro alumbró su espíritu inicialmente con el regocijo de la brega normalista y el esfuerzo denodado de su madre en esa tarea generosa que le roba la salud definitivamente y la lleva a la muerte en 1897 dejándolo a él en la horfandad, mocillo y maestro ya de su hermano



Max a quien obligaba a pronunciar “los números de las casas que ellos pasaban camino de la escuela para corregir sus defectos de dicción”. Precoz preocupación en el futuro Maestro por el instrumento propio de la identidad nacional y constante vital ininterrumpida de su vida pródiga en horas para escudriñar los orígenes y realidades de la lengua allá en la orilla atlántica peninsular y aquí en el extensísimo vecindario hispanoamericano, que marcó su vocación y su trabajo intelectuales con caracteres indelebles de fiel y porfiada hispanidad adondequiera lo llevó la marea de los cambiantes vientos políticos, las ocurrencias del trabajo profesional o la querencia personal. De ahí el título de esta modesta aproximación a la vida itinerante del ilustre americano que celebramos hoy al rayar el siglo de su nacimiento.

Lejos de mis libros anotados y mis papeles de investigador universitario se me hace difícil precisar algunos datos enhebrados en mi memoria en torno a don Pedro, y en esa perspectiva no deja de ser temerario refrescar al desgaire algunos apuntes y reflexiones que tomé y me hice de este personaje continental en días y años de intensa labor universitaria. Una de esas reflexiones se insinúa afin a este discurso para entender desde la mocedad al peregrino: el tránsito familiar de Santo Domingo a Puerto Plata — los dos polos urbanos de la gran contradicción política dominicana que hormó la historia republicana del país durante más de medio siglo — de los Henríquez Ureña con el argumento de la salud de Salomé, lo apuré con razonamiento malicioso: la familia mudó de vecindario urbano buscando la atmósfera de la libertad que se encogía cotidianamente en Santo Domingo, asiento y plaza fuerte del César.

Quiero decir con esto que la primera mudanza en la vida familiar de don Pedro — para él su primer camino — tuvo como origen probable más que un cambio climático, imperceptible entre ambas ciudades, un cambio de atmósfera social que en vísperas de su agonía fatal asfixiaba a la poetisa. De ahí que el primer supuesto tentativo del trabajo biográfico que recoja la vida del don Pedro peregrino se ofrece en el mirador de su primer camino: ruta que debió tener tejidas hebras de presentimiento y de promesa. Puerto Plata, la capital del litoral atlántico dominicano, debió ser en ese mozo de 13 años una meca convocada en el ánimo de los padres y hermanos como puerto de un remozado ideal de perfeccionamiento propio y colectivo a la tibia luz del clima liberal que afa-



maba la herencia del general Luperón sobre una prosperidad a la sazón menguada pero con una planta material en pie y una tradición civilista que entonces constituía el parámetro opuesto de la conducta dictatorial que solazaba el legado conservador de la Ciudad Primada de las Américas, murada por añadidura y envuelta en añoranzas de su áurea prestancia colonial.

Sería del todo valedero iniciar por ahí el tejido vivencial que llevó a don Pedro a escudriñar las raíces para entender los frutos dentro y fuera de la Patria: dual valoración de la tradición y del progreso del imborrable patrimonio natal que lo llevó de puerto en puerto buscando las zapatas profundas y avizorando el porvenir, y así fue tanto minero de la lengua y de las culturas locales como sabio y discreto orador en las aulas concitando el fervor por los avances materiales y espirituales del pueblo hispanoamericano. La contradicción fundamental entre un pasado de sombras y un porvenir de luces habida en sus años formativos vivió y trajo con él en la más perfecta armonía y así tanto fue buzo del idioma y de las características culturales nuestros, como ideólogo incansable del “descontento y la promesa”.

El salto de la provincia isleña hacia el exterior ocurrió en 1901 cuando con 15 años Pedro fue a estudiar a New York. La caída del Gobierno del Presidente Jiménes — que dejó al padre sin la posición gubernamental que ocupaba — lo obligó a emplearse en una casa comercial. Un año después se trasladó a Cuba adonde consiguió empleo en la casa comercial Silveira y Compañía con la recomendación del Libertador de ese fraterno país antillano, el dominicano Máximo Gómez. La adversidad de trabajar fuera del área de su predilección no aminoró su vocación y gusto por las letras ni lo alejó del reino del espíritu: en 1905 publicó su primer libro, *Ensayos Críticos*. El muestrario de los temas tratados y la profundidad especulativa que señorean en ese manojito juvenil de su talento revelan ya un dominio asombroso de su cultura individual y la preferencia por asuntos que oscilan entre la literatura, la sociología y la política.

La temática de ese libro inicial de don Pedro se insinúa en quien ausculte toda su obra detrás de alguna levadura política inconfesada, como prontuario de un interés más vívido y profundo que el meramente literario. Sólo con el examen del Ariel de Rodó y *La Sociología de Hostos* tendríamos el argumento necesario para



la hipótesis: del primero — vademécum de la inteligencia latinoamericana de la época porque advierte claramente contra el utilitarismo sin ideales — el Maestro asume con entusiasmo su mensaje que lo lleva a escribir que “el problema del porvenir inmediato es poner la riqueza al alcance de todos, y las soluciones propuestas por Henry George y por los socialistas van pareciendo cada día menos ilusorias”; y en la segunda, porque en ella don Pedro traza una semblanza del insigne educador puertorriqueño que alcanza registros de panegírico al patriota muerto de “asfixia moral” en Santo Domingo en 1903 luego de su larga y perdida batalla intelectual por la independencia de su país. El coro de poesía y de poetas al fondo de la obra, de las Antillas, Centroamérica y España arguyen aun más la hipótesis si refrescamos la España vencida unos años antes de la aparición del libro y el apogeo coetáneo del Corolario Roosevelt a la Doctrina Monroe en el Mar Caribe. Todo en el libro, a pesar de las concesiones del entonces jovencísimo don Pedro, hace suponer necesariamente una intención cuidadosamente expurgada de espontaneidad e invita a pensar en un proyecto personal vivamente entintado de patricia hispanoamericanidad.



Brújula y destino de don Pedro

Como no podré esta noche acompañar al Maestro en cada una de sus estancias en los varios países hispanoamericanos adonde vivió, trabajó, amó y escribió, o donde estuvo de paso, voy en cambio a refrescar algunas observaciones que hice a su obra a la luz de renovadas lecturas de uno que otro de sus libros aquí, en Brasilia, y no deseo dejar para un fin de cuentas en esta conferencia: la modificación y superación crecientes de su prosa a lo largo de toda su vida es una de ellas a la que voy preferentemente a referirme sin pretensión de exégeta ni condición labrada de crítico especializado, antes de decir algo de sus caminos y de su entusiasmada hispanidad itinerante.

Ciertamente, el contraste sutil entre Ensayos Críticos y Horas de Estudio, la reunión de sus primeros trabajos vertebrados en libros, con los que va publicando posteriormente y corrigiendo más tarde con tesón perfeccionista, puliendo aquí y allá, agregando notas explicativas, ensanchando sus caudales y apretando en las síntesis afortunadas de sus condumios más relevantes, suponen una actitud vigilante de toda la vida por un ideal que sólo zozobra en el Maestro con la muerte: el de la perfección. Porque no se trata solamente del castigo al conocimiento ilimitado de la lengua frenando el regocijo de emplear en el discurso su reservorio interminable de voces españolas, sino también en la utilización cada vez más afortunada de las formas verbales, y en ese quehacer sin tregua para lograr del párrafo que hilvana la exposición un mundo independiente de contenido y sonoridad. Y además y fundamentalmente el dominio logrado con el paso de los años en organizar las ideas con un rigor que no desmerita en ningún momento



la línea del lenguaje feliz y en matrimonio el pensamiento que discurre y la belleza que lo plasma. Orfebrería obstinada en el don Pedro domador y divulgador de algunos de los secretos del idioma desde el ámbito lejano de sus literaturas epocales hasta su camisa de vestir, la Gramática, unos y otra dóciles a sus reflexiones eruditas.

No es el caso de analizar ahora los contrastes entre la prosa inicial y la que logra don Pedro en su ciclo otoñal o antes, pero sin duda las diferencias se perciben, aunque discretamente, porque tampoco es ostensiva o restallante la distancia entre los escritos primerizos y los que después produce en México al calor de la Revolución que vivió con pasión el ilustre dominicano — adonde casará con Isabel Lombardo Toledano en 1923 durante su segunda estancia para fundar el nexo familiar propio y definitivo — ya para entonces modelos de sencillez que sumaban a la sabiduría la belleza y a la belleza la sustancia de la justicia, y la más corta que se aprecia entre éstos y los que finalmente cristaliza, lapidario, en su definitiva estancia argentina, en sus obras de plenitud y madurez.

Para evocar una de esas obras maestras de don Pedro escritas en el mediodía de su vida que se ofrecen paradigmáticas al paralelo crítico con sus escritos de juventud, recuerdo aquí y entre ustedes uno de sus trabajos más repasados y repensados por mí con insistencia impertinente de buceador de yerros del Maestro en la tarea generacional — de la que fue don Pedro adalid y a la cual dedicó menciones suficientes para asumirla como constante de su liderazgo entre los hombres de su tiempo — de encontrar debilidades en su obra. Me refiero a *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo*, con cuyo pie, atrevida y audazmente, entré a historiar la cultura dominicana negando, de mano de una más completa documentación coetánea — que no alcanzó a compulsar el Maestro en Buenos Aires anegado de pruebas estudiantiles y de imprenta, corriendo de una aula a otra, escarbando en bibliotecas ajenas por no poseer una propia o conversando hasta medianoche con amigos y discípulos — su afirmación de que Santo Domingo había sido, si tal había sido, una Atenas del Nuevo Mundo en parte conventual y en parte militar en el siglo fundacional de la colonización española. Lo de conventual — decía en mi cátedra revolucionaria de la Universidad Autónoma de Santo Domingo hace ya varios años como modesto candil de su febril Movimiento Renovador — era probable sólo por el perfil elitista reunido hipócritamen-



te por el señorío colonial en la letra de sus pergaminos; ahora bien, militar no fue nunca, sencillamente porque España nunca creó o impuso un aparato castrense de dominación en la Isla: su larga hegemonía multiseccular se deslizó entre las togas negras de los jueces de su Real Audiencia y los hábitos religiosos de los operarios de la fe cristiana entre pardos y carmelitas desteñidos por el uso, lustrosos y roídos por el libre y legítimo ejercicio de la humildad.

Don Pedro se dejó llevar por la tradición y lo sorprendí en un desliz del que propiamente no era responsable, pero ¡cuán perfecta es la organización temática de ese pequeño libro y que prosa más decantada brota en sus páginas sin estridencia de cascada y sí con frescor de fuente que arrastra los limpios materiales reunidos por él a la distancia con infatigable amor de hijo extrañado de la patria chica por propia decisión para el peregrinaje por la “Magna patria”, que lleva la dulce penitencia de recordarla siempre y se aferra a sus temas del pasado a flor de piel junto a su bitácora de viaje! Y es ésta, en síntesis, la observación que ajena o mía formulo sin mayores explicaciones ni pretensión alguna, susceptible de ser engrosada en toda su extensión por quien repase con lupa de especialista los volúmenes que reúnen sus trabajos tras la búsqueda de la perfección en la expresión, al parecer el obsesivo imán de la brújula individual dentro y fuera de las letras cada vez más obedientes e incondicionales al dictado de don Pedro según cruzaba años y tocaba puertos.





La hispanidad de don Pedro en otros rumbos

La primera estancia de don Pedro en México si no fue larga fue en cambio rica para el corazón, la amistad y la experiencia. Desde su llegada formó parte de un grupo de jóvenes intelectuales que se propuso agujerear la carpa gris levantada por Porfirio Díaz y su equipo de "científicos" abanderados del positivismo que contaba con hombres de la talla de Justo Sierra en la parte académica del tinglado, y a los hermanos Limatour en el sórdido decorado de las articulaciones económicas; todos ganados por el modelo europeo, particularmente el francés, en los artístico, y guiados por el norteamericano en el terreno de las realizaciones financieras. Lo propiamente mexicano subyacía bajo los resortes de la dictadura que había desgastado sus goznes complacientes abriendo las puertas del país a la inversión foránea, y diluído en las apariencias su propia imagen mirándose al espejo ultramarino y no precisamente en aquel de azogue morisco que en cierto modo le devolvía involuntariamente su perfil y sus legados.

Rencontrar las raíces sin descuidar el horizonte intelectual contemporáneo con sus novedades científicas, tecnológicas, políticas y artísticas que bullían en el México revolucionario, fue tarea de adelantados que tuvo en don Pedro certero y discreto postulante. El mismo se encargó de resumir aquella etapa vivida al calor de la transformación social más importante y radical que vivió pueblo hispanoamericano alguno durante los años que corren desde la caída de Madero hasta el Gobierno del general Lázaro Cárdenas enraimados en un puñado de lustros que diseñan tumultuosamente la semblanza moderna de la nación azteca, vivida por él en sus inicios



y más tarde en días de bajamar revolucionaria. Probablemente su estancia inicial mexicana vino a incidir aun más en la vocación de autenticidad y patriotismo hispanoamericanos de don Pedro porque en el país del águila y el nopal se produjo una reacción en cierto modo parecida, en términos culturales, a la experimentada en la Cuba independiente: si en México la búsqueda de lo particular y propio era de difícil deslinde de la vorágine transculturadora española; en Cuba, paradójicamente, hubo la necesidad de volver a la cultura amasada por la Metrópoli de la víspera para no deshacer su identidad nacional acometida con ímpetu avasallador por los norteamericanos, socios finales e interesados del capítulo emancipador de la España imperial, tan pronto sintieron los cubanos frustradas sus aspiraciones de autodeterminación con la presencia en el poder de su Isla bienamada de la poderosa fuerza vecina, aliada antes de la victoria, interventora al día siguiente y empresaria en los sucesivos de su riqueza patrimonial.

Algo de ese regreso no siempre perceptible debió vivir don Pedro en su estancia habanera y no es exagerado pensar que participara de la profunda extrañeza que debieron sentir Máximo Gómez y sus mambises desalojados de la gloria de libertadores y separados por la vía expedita del trofeo de organizar la república emergente. Este razonamiento en modo alguno prejuiciado nos ayuda a comprender la temática de su primer libro, ya apuntada. Y a ese apunte de interpretación habrá que sumar años más tarde el dolor necesario e irrecusable de ver a su padre deshuciado de la presidencia de la República Dominicana por los mismos intereses que hicieron de Cuba una nación inválida después que ayudaron a alumbrarla con sus forceps de acero.

Quiero decir con todo esto que en el proyecto vivencial del Maestro la hispanidad no luce una flor espiritual cultivada con ahínco a lo largo de toda su vida por suerte de juguete o de capricho individual de preferencia: es toda una argumentación que se nuclea en la casa paterna por fuerza del ethos provincial que envuelve todavía en la época a la franja que modeló la geografía insular como continuidad de espacios y hormó después en términos culturales la ganadería primitiva de los monteros en el sur dominicano, adonde mejor se hablaba el castellano en el país y adonde la ruinosa capital colonial fungía de meca o reservorio de españolidad aun después de su protagonismo republicano de capitalidad. Cuando don Pedro salió de Santo Domingo la primera vez mocito



a la sazón, hacia Puerto Plata, llevaba en sus alforjas de intelectual en ciernes la receta cultural de una herencia que se internaba en él por el doble surco de la sangre en referencias genealógicas de enfático color lugareño.

Si lo que voy diciendo se ajusta a una razonable intelección de la hispanidad inicial de don Pedro, los puertos donde para su vida itinerante organizan el itinerario de la gran pasión de su existencia y ayudan a sustentar estas ideas sobre esta tierra fraterna adonde tuvo discípulos, amigos y admiradores el Maestro, y de la cual su hermano Max me habló más de una vez con entusiasmo cuando concurría al Listín Diario a llevar los artículos de su columna Desde mi butaca, o desde antes, en Puerto Rico, en monólogos estupendos en Río Piedras, él como profesor invitado de la Universidad y yo como aprendiz de exiliado político, en 1960; quizás entonces desinteresado e involuntario mentor de mi interés por el Brasil, país al cual don Pedro dedicó su atención y en síntesis bosquejó por las líneas conductoras de su literatura en un artículo publicado en el Boletín de la Universidad Nacional de la Plata con el título Letras Brasileñas, en 1935, inicialmente, para luego integrarlo plenamente en sus obras americanas fundamentales: Las Corrientes Literarias en la América Hispánica — resultado impecadero del Curso dictado por él en la Universidad de Harvard entre 1940 y 1941 en la Cátedra Charles Eliot Norton —; e Historia de la Cultura en la América Hispánica, obra esta última que comienza con estas palabras: “La América Hispánica, que corrientemente se designa con el nombre de América Latina, abarca hoy diez y nueve naciones. Una es de lengua portuguesa, el Brasil, la de mayor extensión territorial.” Sin dudas para mí don Pedro asumió el contenido peninsular del nombre genérico de Hispania, de origen inmemorial, que como el otro, Iberia, tiene remota raíz africana.

Ciertamente, con estos hitos puede ya intentarse un mapa de la incansable andadura continental de don Pedro por una concurrencia de las aristas fundamentales de su obra: la búsqueda de las raíces y la exploración de los frutos a la luz de coordenadas de perfección intachable que arguyen su hispanoamericanidad como un proyecto iniciado en la patria dominicana y terminado en la Argentina con su muerte en 1946 tras un periplo abarcador de los extremos continentales, con absoluto dominio de lo que buscaba o se proponía: redescubrir el legado común particularmente en el ámbito de la lengua quizás con la ensoñación de que el instrumen-



to de comunicación y las forjas sociales que lo habían parcialmente particularizado en nuestros pueblos, develados en sus misterios, fueran finalmente las herramientas de la unidad y la superación de la comunidad hispanoamericana.

Apuntala ese conato interpretativo el hecho de que don Pedro osciló andariego entre México y la Argentina, los polos del nacionalismo más prometedor en su tiempo de efervescencia con poderío territorial y demográfico y posturas políticas contestarias del materialismo colosal y absorbente del otro polo cultural y político hemisférico. Este apunte no es temerario como no lo sería el que encarte la preferencia argentina del Maestro por el hecho de haber elegido el regazo del gran país suramericano como hogar definitivo, adonde meditó y escribió sus trabajos americanos más profundos y acabados.

Desde luego que no supongo en don Pedro una actitud política militante detrás de esa insistente, crónica o porfiada búsqueda del patrimonio vincular en los centros más desarrollados de la herencia común: que sólo suponen esas estancias en la perspectiva biográfica un plano individual selectivo en el ejercicio de la inteligencia y en la gestión de la sabiduría, y no sólo por los rumbos y residencias que eligió a lo largo de su travesía incansable, sino también por la temática exprimida cuidadosamente en sus escritos periodísticos o en conversaciones con discípulos con cautela de viajero prudente que sugieren aquí y allá una actitud vigilante por la justicia social, la instrucción masiva, el bienestar de todos, el amor, la bondad, la comprensión y el estímulo a la superación en el contexto universal del género humano, lo que le ganó respeto, sitial y recordación de humanista por dondequiera trilló caminos.

El Maestro fue el hombre que a lo largo de su peregrinación se fue quejando con sordina de la incuria plural de los gobiernos por la educación del pueblo, la displicencia de los intereses creados por el bienestar común y la queda en la ruta del progreso de los pueblos hispanoamericanos y de la misma España. Pero no es un desaffo el conjunto de sus observaciones asistemáticas sobre estas materias, ni enciende fuegos su brega discreta de predicador social. O todavía más: a pesar de que la libertad fue el caldo de cultivo de los frutos de su inteligencia, no fue un antagonista pugnaz de hombres o sistemas políticos porque apuntaban más alto sus miras y preocupaciones. Y si es posible asumir en él un latente



sentimiento antimperialista más que larvario en sus días de corresponsal del Heraldo de Cuba en New York cuando firmaba sus crónicas con el pseudónimo de E.P. Garduño, más tarde y tras sus largas residencias en los Estados Unidos, se nos presenta como un entusiasta de las conquistas sociales, institucionales y materiales del pueblo norteamericano.





Don Pedro, el Quijote de la perfección

Posiblemente la obra de Pedro Henríquez Ureña sea escrutada con espíritu crítico incisivo y quizás descarnado por generaciones socialmente más audaces y prósperas en arsenal dialéctico tras la purga de sus intenciones políticas. Ya un dominicano, José Alcántara Almánzar, lo adscribió sin titubear en el regazo burgués. Tema difícil de exponer sin entrar en contradicciones que llevarían inexorablemente al dédalo de las matizaciones más exigentes al examinar al traductor de Lenin y co-fundador de la Universidad Popular en México y de la Universidad Popular Alejandro Korn, en La Plata, que fue don Pedro. Tal vez fue su desliz su afán de ubicar su ideal de perfeccionamiento colectivo dentro del tejido social que le tocó vivir e hilvanar con sus pasos de extranjero, rigurosamente contados dentro de la hazañosa del disenter altisonante de los radicales. Esta no es tribuna, desde luego, para rebatir el aserto del joven intelectual dominicano — en modo alguno peyorativo u ofensivo —, ni para contestar el juicio valorativo asaz elástico de algunos historiadores de la cultura occidental que asignan al ideal y a la praxis de la perfección categoría de energéticos de su desarrollo atribuyéndoles indirectamente la victoria en ese empeño a las clases sociales dirigentes del proyecto elitista flagrantemente contrariados por el colosal desarrollo de algunas sociedades postburguesas en el seno de su propio enraizamiento histórico. Porque el ideal de perfección en don Pedro tanto para consigo mismo como para los demás — si fue ese su encomiable desliz — no parece acomodarse fácilmente a la teoría evolucionista, ni por supuesto es dócil a los cuadrantes del marxismo dogmático: que tiene, sí, una inspiración lejana en la fuente inagotable del patrimonio



nio helénico tras el doble espejismo de la belleza y la sabiduría en trasiego y cambio permanentes.

El Maestro aspiró y obtuvo para sí el modelo más puro de la creación estética: el despojado del oropel ocioso que hizo carrera y en su pleamar más alta construyó varios siglos después el barroquismo cuando ya eran antiguos los mármoles y los versos griegos. Y por eso castigó inmisericordemente su prosa hasta deshacerla en mosaicos simétricos de pulidos bordes en un quehacer sin intimidación ni cansancio que lo llevó a la simplicidad escultórica del natural más espontáneo. Y sabio fue avaro del adjetivo: guardó el afeite para las ocasiones inescapables y aun así lo administró como gotas de fármaco de imprescindible necesidad pero de uso precautorio. No por eso carecen de vida y de entusiasmo sus obras; todo lo contrario: la belleza en ellas discurre tan discreta y grata como el perfume de las flores que dan al jardín fragancia de paraíso. A veces leyéndolo se me ocurre pensar que en el laboratorio de su inteligencia sopesaba las palabras con rigor en la balanza exacta de sus conocimientos semánticos en una suerte de gimnasia mental indesmayable que ameritara a un tiempo con justicia la estimación de lo ajeno con la propia.

Ciertamente campea en la vida y la obra del Maestro el leitmotiv de la perfección como norma cotidiana, compás de trabajo u ortopedia exigente de su imaginación creadora que desechó la vía narrativa o el fascinante ámbito de la poesía — que en él fue ardor juvenil intrascendente — para cuajar en moldes de pionero el examen de nuestra herencia así fuere con los materiales incompletos que afloraban en sus días de investigador. Erró de buena fe y con el aval de todo lo conocido en las áreas adonde buscó los orígenes como en El supuesto andalucismo de América, trabajo de inmarcesibles quilates disminuido por investigaciones posteriores con un más rico inventario de informaciones epocales. Pero en nada merma su aportación asombrosa al legado recibido y ensanchado por él esa contrariedad propia del hallazgo de la verdad verdadera cuyo ministerio él postuló con ardor y a veces ejercitó a expensas de antecesores notables.

La esperanza de que su conducta personal, su ejemplo cotidiano de abnegado cumplidor de las abrumadoras tareas a su cargo y el regalo sin horarios del tesoro de sus palabras orales y escritas, fueran estímulo bastante para transformar la sociedad, inser-



tan al Maestro en el discurrir de una utopía trajinante y ardiente sólo real, para los escépticos o los patológicamente radicales, por su presencia y por su obra, pero lindante con la fantasía más depurada y exquisita dentro del habitat social del siglo XX. Cierto es que don Pedro buscó la “Patria de la Justicia” con vehemencia y creyó hallarla en su versión terrestre, momentánea, para su pasar modesto, pero su ambición en ese horizonte fue más lejos — como que no era personal y egoísta — con la ensoñación de convertir el continente americano en la “Magna patria” que alojara a todos sus hijos educados y bien hallados, quizás medidos por la misma vara del bienestar y la prosperidad.

Ese fue el dominicano Pedro Henríquez Ureña, quien lució en sus fechas el señorío estupendo de abanderado itinerante de la hispanidad bien asumida y entendida dando al común de los pueblos de raíz ibérica nacidos en la vastedad americana — e incluso al creador de su idioma y parcialmente de su historia — una lección de fraternidad y sabiduría con toda su vida que en la teoría temeraria de las comparaciones entre hombres reales e imaginarios de siglos distantes y quehaceres diferentes se vislumbra entre pestaños de siesta intemporal semejante a la del personaje más señero de don Miguel de Cervantes y Saavedra, sólo que este isleño de pequeña y pobre patria del siglo XX, no empeño su lanza contra los molinos de viento como hizo en la ficción don Quijote, sino que, moderno, empujó con la suya las aspas molineras con la fuerza atlética de su pensamiento para extraer el agua pura de la veta profunda, moler el maíz autóctono y generar la luz que necesitan nuestros pueblos para su redención definitiva fraternizando más allá de las fronteras marcadas por la epopeya con el común lenguaje de su herencia.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Composto e Impresso pela



Setor de Indústrias Gráficas - Quadra 4 - Nº 283
PABX (061) 226-1828 - Telex (061) 3742
70.610 — Brasília — Distrito Federal



